

petuosas, discretas y doloridas nos han herido más certeramente el corazón que los relatos trágicos en que Georges Blondel y Nicolás Zvorichine reflejaron la espantosa anarquía producida por el desate y realización de las concepciones disolventes de la revolución social en que se abraza Rusia; que es menos cruel asesinar los cuerpos que aplicar a los espíritas el cilicio de la más opresora tiranía. Y al estrechar la mano de Rossinsky, en un saludo de definitiva despedida, hemos puesto en la palma de la mano nuestra, toda la devoción y la hidalguía de que es capaz nuestro espíritu y todas las conmiseraciones que caben en nuestro corazón.

Las campanas de Padua, desde las primeras horas de la *mattinata*, con su armonioso sonido, que taladra los vetustos muros del albergo, nos invita a visitar la ciudad y a internarnos por entre sus callejas y pórticos. Sirveunos el desayuno en el Casino *Pedrocchi*, institución singular, legado por un paduano al Municipio con la condición de que todo ciudadano de Padua tuviera gratuitamente el derecho de entrada, el de consumir un vaso de agua cristalina y el de usar un paraguas para retirarse a casa en día de lluvia.

